

## APERTURA

¡Un caluroso saludo de mi parte a todos vosotros queridos amigos! ¡Al señor Alcalde de Mons que ha querido estar presente en esta Europa en miniatura; y al Vicario General de la diócesis de Tournai que representa a la Iglesia que nos acoge en estos días!

Podemos realmente exclamar con el Salmo 117 (116) «*Alabad al Señor todas las gentes*».

Estamos aquí reunidos como creyentes y personas comprometidas seriamente no sólo para vivir la Palabra del Señor, sino también para hacerla conocer a las personas y a la sociedad como Buena Noticia. Un deber fácil un tiempo, difícilísimo hoy en día. ¡Pero los retos no han dado nunca miedo a aquellos que creen!

Querría, por un momento, ponerme hoy del otro lado junto a muchas personas y hacerme esta pregunta provocatoria: ¿Porqué hablar de transmisión de la fe? ¿No hay en este momento otros problemas más urgentes en las personas y en las familias? ¿El trabajo, el desempleo, el sueldo, el porvenir de los hijos... (estadísticas)? ¿No es nuestra pregunta temática demasiado académica y lejana de la realidad cotidiana hecha de cosas concretas? ¿La fe? ¿Para qué sirve? Sí, ¿para qué sirve la fe?

Querría contestar de sopetón: es una luz en la obscuridad. Es la valentía para seguir adelante. Es no sentirse solos. Es dar un sentido al presente y creer en el futuro...

Pero no estoy seguro de que a mis hermanos y hermanas que viven las situaciones a que me refería antes, estas respuestas les bastarían o las acogerían como fáciles *slogan* consoladores que no solucionan los problemas.

Sí, nosotros los cristianos, damos con frecuencia respuestas a todo y a todos. Deseo reanudar aquí y proponeros una reciente idea de los Obispos italianos en la carta dirigida “a los buscadores de Dios”.

*«Podría decirse que el creyente es un ateo que cada día se esfuerza en volver a empezar a creer. En realidad, quien cree necesita renovar cada día su encuentro con Dios, nutriéndose en las surgientes de la oración, en la escucha de la Palabra revelada»*<sup>1</sup>.

Estamos por lo tanto todos en camino a la búsqueda de un Dios que ha sido ya revelado en Jesús de Nazaret, pero que sigue siendo el Misterio, el Otro, el Indecible, el Todo. Se necesita entonces mucha humildad para hablar de fe y para proponerla como una cosa preciosa que no nos pertenece sino como don.

---

1 CEI, Comisión Episcopal para la doctrina de la fe, el anuncio y la catequesis. CARTA A LOS BUSCADORES DE DIOS, 5.

El documento citado continua: «... *Si hay una diferencia que señalar, no será seguramente la de entre creyentes y no creyentes; sino entre pensantes y no pensantes, entre hombres y mujeres que tienen la valentía de buscar incesantemente a Dios y hombres y mujeres que han renunciado a la lucha, que parece que se hayan conformado con el penúltimo horizonte*»<sup>2</sup>.

En una época donde todo conjura para evitar el pensamiento, la reflexión, la introspección y todo tiende – por la ley del mercado – a ser homologado, allanado y pronto consumido, estas palabras y el estímulo a pensar, a profundizar me parecen muy adecuadas.

La búsqueda no nos exenta de testimoniar lo que a medida vayamos descubriendo.

Transmitir, proponer la fe es usar el método de Dios en el revelarse y en el comunicar con los hombres: la encarnación, la cercanía, la solidaridad.

La segunda palabra que pondría junto a la búsqueda humilde, es la **compañía**, el caminar junto a los hermanos que encontramos, hacernos cargo de sus «*alegrías y esperanzas, tristezas y angustias*»<sup>3</sup> como nos ha enseñado el Concilio vaticano II y hemos profundizado juntos en nuestro Coloquio de Erfurt en 2005. Así pues, nuestra palabra, nuestra proposición brotará de la vida de las personas y alcanzará – portadora de novedad – su vida práctica.

La situación actual, me parece, que pida algo más a la Iglesia, a los cristianos, a nuestras parroquias; pide un don que nunca se ha apagado en el pueblo de Dios, pero que se ha enrarecido y, por su naturaleza, ha sido siempre mal entendido y combatido: el don de la **profecía**. Para mí significa soñar el sueño de Dios, anticipar el futuro, no tener miedo, poner signos – aunque pequeños – de un mundo nuevo.

Estoy seguro de que también en nuestras grandes o pequeñas comunidades, en las ciudades o en las campiñas, donde haya hombres y mujeres que se dejen «*guiar por el Espíritu*»<sup>4</sup> son ya visibles estos signos de novedad, de futuro, primicias que nos hacen saborear el buen gusto de las cosas de Dios.

Para estos días que transcurrimos juntos a la escucha atenta, en el diálogo sincero y en la condivisione, deseo a todos vosotros y a mí mismo no sólo que pongamos nuestra atención en lo que ya hacemos en nuestras comunidades sino también en lo que el Espíritu de creación y novedad nos sugerirá para convertir en más bello, vivible, fraternal este mundo que Él mismo ha encomendado a nuestra responsabilidad.

¡Gracias!

Claudio Como

---

2 CEI, Comisión Episcopal para la doctrina de la fe, el anuncio y la catequesis. CARTA A LOS BUSCADORES DE DIOS, 5.

3 CONCILIO VATICANO II, Gaudium et Spes 1.

4 Gálatas 5, 22.